



VIII

Es la verdad, Silvio, estoy enamorado de un hombre, he querido dar un nombre diferente á la sensación que experimentaba; he querido revestirla bajo la forma de una amistad pura y desinteresada; he creído que lo que sentía no era más que la admiración que me causaba la belleza ya fuera en las personas ya en los objetos, me he paseado muchos días por esos senderos pérfidos y agradables que se encuentran siempre alrededor de toda pa-

sión naciente, pero hoy reconozco la profunda y terrible vía en que me encuentro.

Ya no puedo ocultarlo, me he examinado bien, he pesado friamente todas las circunstancias y me he dado razón hasta del más mínimo detalle.

He registrado mi alma en todos sentidos con esa seguridad que da la costumbre de entusiasmarse uno á sí mismo, y enrojezco de vergüenza al pensar y al escribir, pero desgraciadamente nada hay más cierto, estoy enamorado de ese hombre; no es amistad lo que siento por él, sino amor.

Tú á quien tanto he querido, tú mi único, mi solo camarada no me habías hecho sentir jamás nada parecido, y si en este mundo ha existido una amistad estrecha y viva, si dos almas aún cuando diferentes han podido comprenderse mejor, han sido las nuestras, y nuestra amistad la más grande.

Pero lo que yo siento por este hombre es verdaderamente increíble. Ninguna mujer me ha turbado tanto; el sonido de su voz tan argentino y tan claro, me hiere los nervios y me agita de una manera extraña; mi alma se suspende de sus labios como una abeja á una flor para aspirar la miel de sus palabras.

Esta mañana le he estado contemplando largo tiempo sin que él me viese. Con sus largos cabellos que la brisa agitaba dulcemente, su garganta de mármol casi descubierta, sus lindas manos saliendo de entre los puños de la camisa como los pistilos de una flor brotando de entre los pétalos, no tenía el aspecto del más hermoso de los hombres, sino de la más hermosa de las mujeres.

Esto era lo que yo me decía á mí mismo. ¡Es una mujer, no tiene duda!

Es necesario que Teodoro sea una mujer disfrazada, de otro modo no se puede concebir, porque esta belleza excesiva, aún tratándose de una mujer, no es la belleza de un hombre aún cuando éste fuera un Antino, el amigo de Adriano, ó un Alexis, el amigo de Virgilio.

Es una mujer indudablemente, y yo soy un loco por haberme atormentado de esta manera.

Lo que hay de más extraño en todo esto es que sin preocuparme tanto por su sexo le amo con una seguridad completa.

Algunas veces trato de persuadirme de lo abominable que es este amor y me lo confieso á mí mismo con la mayor severidad. Pero esto no pasa de los labios, es un razonamiento que me hago y que no siento, me parece que en realidad es lo más sencillo del mundo y que cualquiera en mi caso haría lo mismo.

Yo le veo, le oigo hablar ó cantar, porque canta admirablemente, y siento un placer inexplicable.

Y tanto me hace el efecto de una mujer, que un día en el calor de la conversación se me escapó llamarle señora, lo que le hizo sonreír de una manera forzada según me pareció.

Pero si fuera una mujer, ¿qué motivos tendría para disfrazarse así? No puedo explicármelo de ningún modo. Que un caballero joven, hermoso y perfectamente imberbe se disfrace de mujer se concibe muy bien. De este modo se abre multitud de

puertas que de otro modo encontraría completamente cerradas y el quid proquo podía facilitarle multitud de complicaciones sumamente agradables.

De este modo puede llegarse hasta la mujer estrechamente guardada, ó alcanzar una buena fortuna á favor de la sorpresa.

Pero no puedo comprender las ventajas que existen en que una mujer hermosa y joven se lance á correr aventuras disfrazada de hombre. Así no tiene más remedio que perder.

Una mujer no debe renunciar al placer de ser galanteada, agasajada y adorada, obrando de otro modo sería renunciar á la vida, puesto que la vida de una mujer consiste en eso. ¿Qué alcanzaría renunciando á ello? Nada, ó tal vez algo peor que la muerte.

Pero á pesar de todos estos razonamientos hay algo mucho más fuerte que está diciéndome que es una mujer, que es ella la que yo he soñado, ella la que yo debo amar únicamente y la que me amará del mismo modo.

Sí, es ella, la diosa de las miradas de águila, de las preciosas manos reales, que me sonríe bondadosamente desde lo alto de su trono de nubes.

Se ha presentado á mí bajo ese disfraz para probarme, para ver si la reconocía, si mi amorosa mirada penetraría á través del aspecto bajo el cual se me presentaba como en esos cuentos maravillosos en que las hadas que aparecen al principio como mendigas para revelarse de repente resplandecientes de oro y pedrería.

Yo te he reconocido, amor mío. A tu aspecto mi

corazón se ha estremecido en mi pecho como San Juan en el vientre de Santa Isabel, cuando recibió la visita de la Virgen. Un resplandor extraordinario se ha esparcido por el espacio; he sentido como una fragancia de divina ambrosía, he visto á tus pies el arco de fuego y he comprendido inmediatamente que no eres una simple mortal.

Los sonidos melodiosos del harpa de Santa Cecilia que los ángeles escuchan con entusiasmo, son roncós y discordantes comparados con esas cadencias argentinas que se escapan de tu boca de rubíes; las Gracias jóvenes y sonrientes se agitan á tu alrededor en una danza perpétua; los pájaros cuando cruzas por el bosque inclinan sus cabecitas empenachadas para verte mejor y te dedican sus trinos más encantadores; la luna aparece más temprano para besarte con sus pálidos labios de plata; el viento se guarda muy bien de borrar la delicada huella de tu pie sobre la arena; la fuente cuando tú te aproximas une sus aguas como el cristal temerosa de deformar el retrato de tu rostro encantador; las púdicás violetas entreabren su corazón cuando pasas por su lado, y la fresa llena de emulación pretende igualar el divino encarnado de tus labios; toda la naturaleza te ama y te admira, porque tú eres su obra más perfecta.

Ahora es cuando vivo verdaderamente. Hasta este instante no había sido sino un muerto. Ahora he arrojado mi sudario y extiendo mis manos fuera de la fosa hacia el sol.

La sangre circula rápidamente por mis venas, el silencio aterrador que reinaba junto á mí, se ha roto por fin.

Otra vida se ha convertido en la mía, respiro por el pecho de otro, y el golpe que le hiriese me mataría.

¡Y entre tanto si mi presentimiento me engañara, si Teodoro fuera realmente un hombre como todos creen!

¡Oh! es una cosa en la cual no quiero pensar, porque me volvería loco. Si yo llegase á saber con certeza que Teodoro no es una mujer... ¡Oh! no se si dejaría de amarle.



IX

Las dudas indicadas por Alberto en la carta á su amigo Silvio que acabamos de transcribir, aquella mezcla de horror y de confianza al mismo tiempo que demuestra, tienen su explicación en la siguiente carta escrita por Teodoro algún tiempo antes de su encuentro con Alberto.

Dice así:

Mi querida amiga: Razón tenías al pretender disuadirme del proyecto que concebí de ver los hom-